

démico vuelve a tratar un tema ya estudiado por él hace muchos años. En aquel entonces se limitó a darle un alcance puramente documental, de acarreo de materiales; ahora pretende desentrañar el lusismo de Tirso observable en varias de sus piezas, aunque Zamora Vicente hace especial hincapié en *Las quinas de Portugal*. Comienza el crítico dando un panorama histórico de las relaciones entre los dos países de la Península y del estado de esas relaciones en el momento en que Tirso escribe *Las quinas*: el del complejo, largo y doloroso proceso de independencia de Portugal. Ante esta situación, el mercedario procura aproximar lo más posible lo portugués a lo español con el propósito de mostrar lo absurdo de la ruptura y el distanciamiento. Intenta, asimismo, el acercamiento a través de la lengua, signo de integración al ser bien entendida la lengua portuguesa de las comedias tirsianas por el público de los teatros. Pero «la gritería propagandística de *Las quinas de Portugal* llegaba demasiado tarde, y, en último término habría sido incapaz de luchar, con tan frágiles armas como los versos y la buena intención, contra los intereses europeos enfrentados» (pp. 273-274).

Además de los artículos, el libro incluye un muy útil apéndice [«Tirso y la Revista *Estudios*» (pp. 277-307)] en el que Luis Vázquez, director de la publicación, hace, por un lado, historia de los más de cuarenta años de la revista, y, por otro, ofrece una «Bibliografía sobre Tirso de Molina en *Estudios* (1945-1988)» que se configura como un repertorio fundamental para los estudios de la vida y obra del mercedario. Tras ello viene un índice de nombres propios y otro de obras mencionadas, así como una bibliografía que recoge los ensayos y artículos citados en los diversos trabajos que componen el libro reseñado.

Se trata, por consiguiente, de un volumen colectivo de estudios sobre Tirso de Molina elaborados por personas de diversa procedencia, formación, capacidad y figura crítica. Por ello, y dados los diferentes planteamientos metodológicos, no todas las colaboraciones tienen el mismo valor y la misma importancia, como he tratado de hacer ver a lo largo de la reseña. Con todo, considero que *Tirsiana*, globalizando resultados analíticos, supone una interesante aportación al caudal bibliográfico sobre Gabriel Téllez y una estimable ayuda para comprender mejor las diferentes facetas de la producción artística de nuestro mercedario.

FRANCISCO FLORIT DURÁN

LENTRICCHIA, FRANK: *Después de la «Nueva Crítica»*, Madrid, Visor, Colección «Literatura y Debate Crítico». Traducción de Ramón Buenaventura, 1990 (352 pp.).

En un momento en que el lector no dispone de un estudio de conjunto y en profundidad de la historia y de la significación global del «New criticism» norteamericano, si exceptuamos las aportaciones de Vítor Manuel de Aguiar e Silva, Tomás Albaladejo, Antonio García Berrio y los insustituibles datos que proporciona René Wellek en el volumen VI de su *Historia de la crítica moderna*, la aparición de la obra de Frank Lentricchia *Después de la «Nueva Crítica»* no deja de ser un contrasentido aparente. Y lo es, sobre todo, porque la Teoría de la Literatura, como disciplina en evolución, no permanece ajena a las relaciones entre las distintas escuelas, los contactos de los autores más representativos y las influencias que el momento histórico ejerce sobre un determinado pensamiento intelectual.

Esta aparente dejadez, una de cuyas causas externas podría ser el mecanismo interno del mercado editorial, ha ocasionado un acercamiento excesivamente parcial al conocimiento de los estudios literarios en el ámbito norteamericano, en beneficio de otras escuelas teórico-literarias o corrientes de investigación de mayor implantación en la Europa occidental. Así, más o menos discutidos o superados sus planteamientos, son hoy insustituibles las aportaciones de los formalismos —ruso y checo—, la Estilística, y los diferentes

estructuralismos y post-estructuralismos, entre otras escuelas contemporáneas o cercanas en el tiempo al «New criticism».

Muy probablemente, la diferente organización de la universidad norteamericana y europea hasta una época no muy lejana, y la divergente consideración acerca de lo que es o debe ser el fin último de ese concepto de tan difícil definición como es el de crítica literaria han ocasionado una falta de contacto que en nada beneficia a unos y a otros.

A la espera, pues, de estudios generales sobre la actividad teórico-crítica desarrollada en los Estados Unidos en las cinco primeras décadas de nuestro siglo (no sólo la de los nuevos críticos, sino la de otras corrientes de importancia como el grupo de los llamados «neorristotélicos de Chicago»), la revisión realizada por Frank Lentricchia en *Después de la «Nueva Crítica»*, editada en la Colección «Literatura y Debate Crítico» en la Editorial Visor, cuenta con todos los ingredientes necesarios para convertirse en una obra de consulta imprescindible en el ámbito hispano, como lo ha venido siendo en los países de habla inglesa desde su publicación en 1980 por la Universidad de Chicago. La cuidada traducción de Ramón Buenaventura —excelente poeta y agudísimo antólogo— ayuda decisivamente a introducirse por el intrincado mundo de la teoría crítica norteamericana entre 1957 y 1977, período elegido por Lentricchia por ser «el más rico y, al mismo tiempo, el más confuso de nuestra historia crítica», tal y como señala el autor en el prólogo.

*Después de la «Nueva Crítica»* podría haberse quedado en una mera sucesión cronológica de autores y de escuelas, presentados al profundo conocimiento que de la materia muestra Lentricchia, en una obra de pensamiento y de reflexión intelectual en la que ningún dato o fecha se presentan exclusivamente con criterio acumulativo, sino por su importancia en el desarrollo de tal o cual concepto, y ninguna opinión queda reflejada sin ser contrastada, discutida o analizada dentro del aparato teórico en la que ha tomado cuerpo y puesta en relación con aquellas otras que pueden apoyarla, justificarla o, en último caso, rebatirla.

Si uno de los méritos principales de este libro, a la altura de 1990, es presentar, de una manera asequible y rigurosa al mismo tiempo, el pensamiento de cuatro de los teóricos que más decisivamente han influido, desde perspectivas diferentes, a los estudios literarios en los Estados Unidos en el último cuarto de siglo (no parece muy difícil justificar la elección de Murray Krieger, E. D. Hirsch, Paul de Man y Harold Bloom), en el momento de su publicación hace diez años en su país, contribuyó de una manera definitiva a reivindicar la importancia de todo un elenco de teóricos, casi todos europeos, que han significado mucho más de lo que a simple vista parece en el pensamiento crítico de los Estados Unidos y que son hoy clásicos ya en nuestra disciplina; sirvan a manera de ejemplo Frye, Sartre, Saussure, Lévi-Strauss, Barthes, Derrida o Foucault.

Con todas estas premisas, la obra de Lentricchia, obra extensa por otra parte, consta de dos bloques temáticos muy bien diferenciados que se corresponden, el primero a un criterio conceptual o de escuela y el segundo a un criterio de selección de autores. En ambas partes la constante provisión de información general y de otros datos más concretos no esconden la opinión personal de Lentricchia ni diluye en las particularidades las bases del aparato teórico-crítico que quiere presentar. Así, aunque los años planteados van de 1957 a 1977, encontramos una interesante reflexión sobre la actividad de los nuevos críticos anteriores a este momento, por lo que esta actividad tiene de mediatizadora de la actividad posterior, de la que es lógica evolución, habida cuenta del aparente callejón sin salida que a la altura de 1957 parecían haber llegado los planteamientos críticos elaborados por Ransom, Tate, Books, Winters y otros.

La aparición en 1957 de *Anatomía de la crítica* de Northrop Frye es el primer signo inequívoco de que el calificativo «nuevos» que había sido la bandera de la disidencia sostenida por los autores anteriormente mencionados se había desamentado totalmente

para convertirse en una mera designación terminológica desprovista de la carga rupturista que la había caracterizado (esto mismo, salvando todas las distancias, es lo que ha venido a suceder en la poesía española contemporánea a esa controvertida generación que se ha dado en llamar de los «novísimos»). En efecto, la posición de enfrentamiento que Northrop Frye parece mantener respecto a la nueva crítica se sitúa en la misma línea de pensamiento que alentó a las corrientes antiformalistas que surgen a ambos lados del Atlántico, como respuesta a los excesos del immanentismo y del pretendido cientificismo que habían traído las escuelas que entre nosotros conocemos como Poética Lingüística, excesos más patentes en la crítica europea pero a los que no fue ajeno el edificio teórico construido por el «New criticism» a pesar de su menor preparación lingüística. Con Frye se produce la entrada (tal vez nunca había sido completamente abandonada) de una línea de pensamiento más filosófica —los dos capítulos siguientes los dedica Lentricchia a las versiones del existencialismo y de la fenomenología— junto con la plasmación de un neo-romanticismo basado en los arquetipos, una mezcla extraña que, como escribe Lentricchia, está «a mitad de camino entre el estructuralismo y el esteticismo».

Los capítulos cuarto y quinto le sirven a Lentricchia para pasar revista a la introducción del estructuralismo europeo en los Estados Unidos y su evolución hacia posiciones más extremas. La primera la sitúa en el año 1975, año en el que la Modern Language Association otorga el premio Lowell al libro de Jonathan Culler *Structuralist Poetics* (vers, esp., *La poética estructuralista*, Barcelona, Anagrama, 1978), hecho que, amén de sorprendente, se debió a que «el libro de Culler, con extraordinaria facilidad, ha servido de mediador (y de poder constituyente) en nuestra comprensión del estructuralismo; (...) porque su función mediadora se apoya en principios intelectuales fácilmente reconocibles y apreciadísimos por la mentalidad crítica tradicionalista de los Estados Unidos». A través de la obra de Culler se exponen las ideas básicas de Saussure, Barthes, Lévi-Strauss, Jakobson y Greimas y se apuntan los principios estructuralistas que, originalmente concebidos para el análisis lingüístico, se articulan como una metodología literaria.

El estructuralismo presentado por Lentricchia supone el estadio más convencional de este movimiento, pero visto desde la perspectiva norteamericana supone una verdadera ruptura pues casi desde hacía veinte años el panorama de los estudios lingüísticos estaba dominado por la teoría generativa (y/o transformacional) inaugurada por Chomsky en 1957. Paradójicamente, el proceso de recepción y asimilación es inverso en Europa, que acoge la teoría chomskyana como reto frente a un estructuralismo dominante.

Si en algo resulta novedosa la interpretación de Lentricchia, es en abordar sin ningún tipo de reparos los perfiles del paradigma estructuralista como reducción de la obra literaria a su componente lingüístico, y en centrar su atención en los aspectos considerados en tantas ocasiones como externos al hecho literario, como es el lector y su participación en el proceso de interpretación, al exponer el pensamiento de autores como Barthes, Gadamer o Iser. En esta orientación, cada vez más integradora, tuvo mucho que ver, sin duda, el advenimiento y el reconocimiento mayoritario de la Lingüística del Texto —conjunción y superación al mismo tiempo de ciertos métodos estructuralistas y generativos— que a través de sus modelos de análisis lingüístico-textual advierten la necesidad de abordar el estudio no sólo de la obra literaria como producto lingüístico-terminal sino también de aquellos otros componentes macroestructurales, contextuales y pragmáticos que intervienen en la comunicación literaria: emisor, receptor y contexto.

El resultado de esta nueva sensibilidad, consolidada en los últimos años sesenta y primeros años setenta, es el post-estructuralismo, que en los Estados Unidos toma desde el primer momento un carácter ecléctico, ajeno a escuelas y en cierta medida a-metódico por definición. El inspirador principal de este cambio —como lo había sido en Europa— es el filósofo y pensador francés Jacques Derrida, que en muy poco tiempo reunió en torno a sí a un grupo numeroso de críticos que con Paul de Man a la cabeza formarán el grupo

de Yale. Pocos años después de que se tradujera al inglés la primera obra de Derrida, lo que hasta entonces había tenido la convencional formulación de post-estructuralismo adquiere en Estados Unidos carta de naturaleza con el nombre de Deconstrucción, y unas características de feroz ataque contra las teorías interpretativas y sobre el caudal de información aportado por la obra literaria. La influencia fue tan grande que bastaron cinco o seis años para que desembarcara Derrida, para que sucumbieran a su atractivo unos cuantos estudiosos de enorme talento y dedicación, en ambas costas de los Estados Unidos (...).

Estas son las premisas que parecen marcar la segunda parte de *Después de la «Nueva crítica»*, en la que se recoge el pensamiento teórico y la actividad crítica de cuatro de los estudiosos que en opinión de Lentricchia mayor influencia han tenido en la teoría literaria norteamericana más actual. Entre ellos encontramos un dúo vinculado ideológicamente (Paul de Man y Harold Bloom) y otros dos presentados como figuras individuales que por lo profundo de su pensamiento han merecido la atención de la crítica. Murray Krieger no resulta muy conocido para el público español, mientras que E. D. Hirsch ha encontrado su lugar gracias a la originalidad de su obra *Validity in interpretation*. Paul de Man, como ya se ha dicho, ha venido siendo el «alma mater» de la teoría deconstruccionista en los Estados Unidos gracias a su implantación en las universidades más importantes y la obra de Harold Bloom, un deconstruccionista muy personal, acaba de publicar en España su *Poesía y creencia*. La elección no necesita más justificación, aunque no puede evitarse una mirada de recelo por la aparente adscripción de Lentricchia a los postulados del Deconstruccionismo más en boga, adscripción a la que en los últimos años parecen no poder sustraerse la mayoría de los críticos norteamericanos. La figura de Hirsch representa una isla, una simple concesión a la teoría hermenéutica más renovadora y basada en la voluntad del autor.

El libro de Lentricchia *Después de la «Nueva crítica»* es, en definitiva, una obra de validez incuestionable por lo que tiene de revisión y de presentación de un período de la teoría literaria de los Estados Unidos en los últimos treinta años, y su carácter interpretativo y no sólo documental la colocan en un lugar muy importante dentro de la corriente de recuperación del pensamiento crítico contemporáneo.

FRANCISCO JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

SPANG, KURT: *Teoría del drama* (Lectura y análisis de la obra teatral), Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra S.A., 1991.

Durante los últimos diecisiete años, desde que apareciera el volumen colectivo: *Semiología del teatro* (Barcelona, Planeta, 1975), el mercado editorial en lengua castellana se ha ido enriqueciendo con sólidos estudios teóricos sobre este género literario de primer orden —al igual que los que forman con él la tríada de los «naturales»: lírica y narrativa—, mostrando que es algo más que un pseudogénero a pesar del componente extraliterario que necesariamente conlleva. Se enlaza así con las preocupaciones teóricas iniciales en la ciencia literaria, con su verdadero fundador, Aristóteles (que dedicó un buen número de páginas de su *Poética* al género dramático, en detrimento de la lírica y la épica).

Obviamente el libro de Kurt Spang se sitúa en las coordenadas históricas y las preocupaciones teóricas señaladas en las primeras líneas. El progresivo y detallado avance por los caminos de la teoría del teatro, desde el «estado de la cuestión» inicial hasta el estudio del lenguaje dramático con que se cierra el libro, es una de las virtudes que ornán esta nueva obra de K. Spang, profesor de Crítica y Teoría de la Literatura en la Universidad de Navarra, quien, además de otros frutos analíticos, diera a luz, hace años, sus *Fundamentos de Retórica* (1979).